

De obreros, campesinos y «últimos primitivos»

Ana M.^a Rivas

Me llama poderosamente la atención leer artículos de antropólogos españoles en los que sistemáticamente, por no decir machaconamente, se repiten tópicos y estereotipos sobre la antropología y en concreto sobre la antropología española, después de lo cual le entra a una un complejo de no saber si lo que está haciendo es antropología o si el tema elegido para su última investigación será o no acertado. Siempre queda la duda del juicio que nuestra obra recibirá de aquellos que erigiéndose en historiadores de la antropología, diseccionan el trabajo de los demás convirtiéndolo en objeto de su propia investigación. Y para saciar ya la curiosidad de los lectores que se estarán preguntando a qué artículo o artículos me refiero, diré que este pequeño enojo profesional se debe a la lectura del artículo de Jordi Roca i Girona titulado «Obreros. De la (im)pertinencia del obrero como objeto de estudio de la antropología social»¹.

El autor en este artículo presenta una recapitulación de los estudios realizados en el campo de la antropología industrial, especialmente en dos países Estados Unidos y España, el primero por ser el país pionero en este tipo de investigaciones allá por los años 30 y 40 y el segundo, por ser el ámbito geográfico al que pertenece el autor. Tras repasar el estado de la cuestión en Estados Unidos, establece una comparación con lo ocurrido en nuestro país llegando a la conclusión, nada novedosa cuando se trata de compararnos con lo que han hecho otros allende las fronteras, de que los antropólogos españoles pese a lo central del tema (*1.ª cuestión* que surge de inmediato: qué es lo central y marginal para una disciplina, y quién define y delimita la condición de centralidad o marginalidad de un tema), en lugar de dedicarnos a estudiar a los obreros, la organización empresarial y la cultura del trabajo, nos hemos dedicado a estudiar a los campesinos, el mundo rural y los procesos de producción artesanales o tradicionales (*2.ª cuestión*: el reduccionismo que se hace del sector primario al identificarlo con prácticas productivas preindustriales, como si no se pudiesen criar vacas y sembrar trigo con alta tecnología, ...).

Supone el autor que nuestro interés por el campesinado se debe a que dando cumplida fe de lo que identifica a la Antropología respecto de otras ciencias sociales como la Sociología,

nos afanamos en buscar esos «últimos primitivos» que den razón de ser de nuestra identidad como antropólogos (3.^a cuestión: a mí hace tiempo me enseñaron que la Antropología no se reduce al estudio de los «pueblos primitivos», «salvajes» o «exóticos», por eso no intento resucitar muertos para tener un pretexto sobre el que escribir).

Si he comprendido bien, el autor se refiere a los estudios antropológicos realizados en España durante la década de los 70-80, años en los que se estaba iniciando la institucionalización de la disciplina en España. ¡Hubiera sido mucha desfachatez ponernos a la altura de un país como Estados Unidos en donde llevaban estudiando a sus indios desde el siglo XIX!. Y con ello no trato de comparar a los campesinos españoles con los indios norteamericanos como tampoco trato de juzgar lo que los antropólogos españoles hicieron en aquellos años con la mentalidad actual (4.^a cuestión: en Antropología existe un presupuesto básico que es la necesidad de la contextualización para poder comprender y explicar las conductas, comportamientos y valores de una comunidad, y eso mismo deberíamos aplicar cuando se trata de reflexionar y revisar lo que nuestros antecesores en la Antropología hicieron, que nada tiene que ver con justificar muchos de sus postulados y presupuestos que hoy en día han quedado sobradamente superados).

Afirmar como hace el autor, refiriéndose a la producción etnográfica y antropológica española de esos años, que «ante la expansión del trabajo industrial y, sobre todo, de sus formas de organización, la antropología española parece agarrarse al estudio de los *últimos primitivos*, parece buscar, por encima de todo, al buen salvaje incontaminado, es decir, rural, y cuanto más exótico, esto es, más alejado del supuesto *progreso y desarrollo* representado por las formas de vida, organización y producción industriales, mejor» (pág. 142), es descontextualizar la producción etnográfica de aquellos años, porque aparte de Cataluña, País Vasco y Madrid, en los años 60 y 70 ¿me puede decir el autor dónde estaban los obreros andaluces, extremeños, murcianos, gallegos, castellanos y aragoneses? Yo se lo puedo decir, estaban en Barcelona, Bilbao, Madrid; estaban en Francia, Alemania, Suiza y Bélgica (5.^a cuestión: quizás sería interesante preguntarse por qué los antropólogos vascos y catalanes, al estudiar el fenómeno de

los nacionalismos, resaltaron más el valor simbólico de lo rural como tradicional que el fenómeno de la industrialización y de la cultura del trabajo fabril. ¿Qué antropología industrial se podía hacer en Galicia, en Cantabria, en Andalucía y en Castilla? Si se hubiese podido hacer, el millón largo de españoles que tuvieron que emigrar fuera de las fronteras españolas y los otros millones que emigraron del campo a la ciudad —Barcelona, Madrid, Bilbao— se hubiesen ahorrado el viaje de ida y jamás de vuelta para muchos).

¿Qué estudiaban los sociólogos españoles en aquella época que no estuviera relacionado con la emigración y en años posteriores, con el retorno de los emigrados? ¿Qué era lo central y lo marginal en aquella época para los protagonistas de la vida social de entonces y por lo tanto, para los científicos sociales que se supone estudian la realidad social? ¿Qué es lo central y lo marginal para una sociedad y quién lo define? (6.^a cuestión: principio fundamental de la Antropología es el relativismo, de modo que para un enfermo del sida lo central será su enfermedad, mientras que para un desempleado será encontrar trabajo y llegar a fin de mes, así como para un anciano su problema será saber cómo, dónde y con quién acabará sus días y no digamos para un quinceañero cuyo problema vital se centra en conseguir unas Nike y unos wotman...; mientras que para los países occidentales el problema actual es la escasez de puestos de trabajo, en países no occidentales como el sudeste asiático parece que el problema es la sobreexplotación de la mano de obra... No tenemos más remedio que a modo de retorneo preguntarnos de nuevo ¿quién decide lo que es central y lo que es marginal para la Antropología y las sociedades que estudia?).

Categorías como central/marginal, primitivo/moderno, desarrollado/subdesarrollado, campesino/obrero, son conceptos, ya muy discutidos, que pueden tener alguna utilidad analítica, pero no olvidemos que la realidad social, la de los actores, es mucho más compleja, ambigua y desconcertante que todas las dicotomías y esquemas que nos esforcemos en crear.

Por las investigaciones que realicé en España (Cantabria y Aragón) en la década de los 80, mi trabajo responde al perfil que describe el autor, puesto que me dedique a estudiar regiones eminentemente rurales o por lo menos, regiones con un predominio del sector primario que para

el autor es lo mismo que decir «exótico», «últimos primitivos» y «salvajes incontaminados». Lo que no sé es si lo hice por «razones epistemológicas o simplemente acomodaticias, de vacilación recelosa o ausencia de coraje» (pág. 142), espero que algún otro antropólogo asumiendo el papel de conciencia disciplinar me lo desvele algún día.

Lejos de mi intención atribuirme la realización de investigaciones de antropología del mundo del trabajo industrial. Yo no fui a Aragón ni a Cantabria a estudiar a los obreros industriales, pero tampoco fui a estudiar a los campesinos, labradores o ganaderos, por una sencilla razón: el grupo que allí predominaba en aquellos años no era ni uno ni otro, sino que era un grupo que participaba de los dos sectores, el primario y el secundario, lo que se conoce con el término de «obrero mixto» y «agricultor a tiempo parcial». Esta figura mitad obrero, mitad ganadero o labrador, ha sido una figura dominante en la sociedad española hasta bien entrado los años 90, en los que algunos ya por no ser, no son «nada», ni obreros ni agricultores ni ganaderos, y si no que se lo pregunten a los «últimos primitivos» de la cornisa cantábrica. Algunos en nuestras investigaciones describimos esta situación muy generalizada en algunas regiones y que explica precisamente, la escasa incidencia del sindicalismo de clase en estas zonas. Las transformaciones producidas en las categorías tradicionales de identificación y de adscripción social a raíz de este fenómeno, sus repercusiones en las manifestaciones sociales y culturales de las comunidades afectadas, son parte de los resultados de estas investigaciones, que abordan aspectos vitales y de gran importancia para aquellos que lo viven, aunque para algunos expertos sean «una especie de nicho residual y marginal».

No sé por qué los antropólogos que han investigado en regiones industrializadas en España no han realizado estudios de etnología industrial, salvo raras excepciones como bien indica el autor², lo que sí sé es que los que hemos realizado trabajo de campo en regiones con mayor concentración en el sector primario, nos encontramos con una realidad que superaba con creces la dicotomía obrero/campesino. Al igual que si hoy realizamos trabajo de campo en un barrio obrero de cualquier ciudad española, cuyos residentes sean emigrantes de las zonas rurales, nos vamos a encontrar con el problema de que la dicotomía obrero/campesino, traducido a la

oposición urbano/rural estalla en mil pedazos, porque la realidad como fenómeno poliédrico desborda esta esquematización, ¿qué es lo rural y qué es lo urbano?, ¿qué es ser obrero y qué es ser campesino?: ¿cómo conceptualizar al trabajador que va a turnos a la fábrica y que cría al mismo tiempo una docena de vacas, o al obrero que durante la semana se viste el «mono azul» para ir al taller y los fines de semana el pantalón de mahón para trabajar el campo, o al trabajador que durante 30 años ha trabajado en una empresa, pero que en cuanto ha podido ahorrar algo de dinero, se ha comprado un nicho en el cementerio de su pueblo para que a su muerte sea devuelto a su lugar de origen, o a un trabajador de la industria que cuando le pides que te describa su barrio te contesta que es como «un pueblo»? ¿a qué categoría pertenece la mujer de un trabajador que al morir su marido se viste de luto ya para toda la vida?, ¿pertenecen a la misma categoría conceptual de «obrero» el padre que se ha matado la vida trabajando para sacar adelante a su familia y al hijo que se mata buscando trabajo para poder fundar la suya propia?

Yo no puedo juzgar ahora lo que me hubiese gustado estudiar en los años 80, como tampoco puedo saber cuál será la valoración de aquí a 20 años de lo que estoy investigando en la actualidad. La elección del objeto de investigación responde a criterios en los que se mezclan intereses académicos, personales, de mercado, de oportunismo político, ..., incluso puede darse el caso de cambiar el objeto de estudio una vez llegado al terreno de campo.

El juicio de intenciones que el autor realiza sobre las causas que motivaron la escasez de etnografía sobre el trabajo industrial, me parece muy poco pertinente, porque es poner en cuestión la producción antropológica de aquellos años, cuyo objetivo se dirigió a otra serie de cuestiones que entonces preocupaban más a la sociedad española y por qué no, a nuestras elites políticas, como era la construcción del Estado de las autonomías. Problemática a la que los antropólogos respondieron muy oportunamente y que produjo una serie de monografías y estudios que muchos países quisieran para sí.

El mismo argumento del autor valdría para justificar la ausencia de investigaciones en otras áreas como en antropología de la salud, de la enfermedad, del género, etc. Para entender la historia de una disciplina, y en concreto de la antropología, no se pueden establecer

comparaciones generales con la evolución de esa misma disciplina en otros países, con una historia política y económica diferentes. No creo que por ejemplo, nuestros colegas franceses al reflexionar sobre la historia de la antropología en su país y darse cuenta de que cuando se han interesado por los franceses como objeto de estudio, ha sido ya muy avanzado el siglo XX, se consideren por eso ir a la búsqueda de los «últimos primitivos», al habérseles agotado la veta colonial e ir en aumento la población foránea en Francia. Ni tampoco creo que su juicio fuese tan ligero al constatar la escasez de producción etnográfica sobre las diferencias culturales regionales y departamentales del Estado francés. No sé lo que pensarían si les preguntáramos por qué mientras los españoles estábamos haciendo investigación sobre nuestras propias comunidades ellos seguían estudiando a los habitantes de sus ex-colonias.

No entiendo esa obsesión de tener que justificar por qué en la antropología española no se ha hecho esto o aquello, o por qué cuando lo hemos hecho ha sido más tarde que en los demás casos, o por qué cuando nosotros nos interesábamos por un tema, los demás se interesaban por otro... Sencillamente unas veces no había realidad para ello, no interesaba a los políticos de turno o a los científicos sociales o no había quién lo financiara. No creo, por cierto, que sea una característica nuestra ni algo de lo que nos tengamos que acomplejar. ¿Por qué elegimos unos temas y no otros como objeto de nuestras investigaciones? ¿Quién genera la demanda de la investigación social y de los temas objeto de estudio? ¿Por qué interesó en un momento el estudio de las identidades culturales de las diferentes regiones de España?, ¿por qué interesa ahora estudiar a los enfermos del sida, a los viejos, a las mujeres, a los adictos a las drogas, a las tribus urbanas, a los inmigrantes?, ¿por qué interesa ahora el problema del racismo, la xenofobia, las minorías étnicas, etc. etc.? Cada uno sabrá responder a esa cuestión al margen de que haya unas circunstancias comunes que ayuden a entender la inclinación hacia uno u otro tema.

La historia de una disciplina, en este caso de la antropología y más en concreto de la antropología industrial, no se puede entender recurriendo a tópicos y estereotipos que pueden valer para explicar todo y por lo tanto, para no explicar nada. Y lo grave no es sólo que utilicemos tópicos de la disciplina, sino que asumamos los

tópicos que circulan en los medios de comunicación y nos hagamos portavoces de aquellas consignas cuyo trasfondo ideológico no busca más que legitimar el *status quo*. Resulta paradójico que seamos tan críticos con nuestra propia disciplina y tan permeables a los discursos políticos y económicos del momento.

En la segunda parte del artículo al que me estoy refiriendo, se recurre a los mismos tópicos a la hora de explicar por qué ahora, justamente, interesan ciertos temas relacionados con la antropología del trabajo industrial. El primer tópico es el consabido: la antropología sigue interesada por temas no centrales, sino marginales y residuales (¿?) y como ejemplo se citan las investigaciones que desde la perspectiva antropológica se realizan de la economía sumergida, cuyo análisis aparece «frecuentemente asociado a la problemática específica de la fuerza de trabajo femenina o de actividades de carácter artesanal y tradicional» (pág. 143). ¿Se puede considerar «residual» y «marginal», es decir, irrelevante, a un sector de la economía española que genera el 20% del Producto Interior Bruto o habrá que esperar a que los antropólogos de otros países como Gran Bretaña, Alemania, Francia, Noruega, Suecia, en donde las tasas de economía sumergida se sitúan entre el 10 y el 20%, empiecen a interesarse por este fenómeno, para reconocer la «centralidad» del tema?, ¿cuál es la cifra necesaria para que problemas como el trabajo infantil comience a ser considerado «no marginal» y objeto de interés para los antropólogos?, ¿por qué si los zapatos en lugar de ser fabricados por obreros reunidos en una empresa o taller, son fabricados por los obreros y sus familias en sus domicilios respectivos, en el primer caso es central o relevante y en el segundo residual o marginal?, ¿por qué a unos el proceso económico los convierte en obreros industriales y a los otros en artesanos tradicionales?, ¿por qué a unos los científicos sociales los convierten en centrales y a otros en marginales?

El tópico de la «marginalidad» de los temas abordados desde la antropología, tiene su correlato en una manida utilización de la dialéctica tradición/modernidad, que se traduce en una simplificación miope de la realidad, porque vamos a ver: ¿qué son las monjas contemplativas que fabrican las tarjetas de crédito en sus conventos de clausura, obreras o artesanas?, ¿qué son las modistas que en lugar de trabajar

concentradas en talleres de confección trabajan en su casa para las multinacionales, obreras o artesanas?, ¿qué son los trabajadores que confeccionan ropa y toda clase de productos textiles en lóbregos sótanos, pequeños talleres, en su mayoría clandestinos, obreros o artesanos? Tan asalariado y alienante puede ser el trabajo en la fábrica como en casa, en la cadena productiva como en el sótano convertido en taller ¿dónde está entonces la diferencia? ¿Quizá el retroceder a un período que los historiadores denominan «protoindustria» o «sweating system», hace menos interesante su estudio? ¿No sería más pertinente dedicarnos a explicar este proceso de protoindustrialización que se está dando a las puertas del siglo XXI, en plena mundialización de la economía y en el período denominado por algunos «fin de la historia»? ¿Qué estamos describiendo al utilizar la categoría «obrerros»? ¿Qué define hoy al «obrero»? ¿Cuáles son actualmente sus señas de identidad?

Tan falacia puede resultar la distinción entre el trabajo de «cuello blanco» y el de «cuello azul» al sufrir el trabajador en ambos un proceso similar de expropiación de la planificación y de los resultados de su trabajo, como bien indica el autor (pág. 143), como identificar exclusivamente al obrero por su trabajo manual en una cadena de producción, o considerar la economía sumergida como irrelevante por su «carácter artesanal o tradicional».

Se identifica el sector de economía sumergida con el trabajo a domicilio o en pequeños talleres, pero eso es una parte de la «historia», hay otra parte que se realiza fuera del domicilio y que se disfraza de «legalidad» hasta extremos increíbles: las horas extraordinarias a las que se ven obligados muchos trabajadores si quieren seguir manteniendo sus contratos y que en muchos casos no son remuneradas; trabajos con un elevado grado de peligrosidad o nocturnidad no reconocidos en la paga; trabajos en horarios inusuales sin derecho a primas o compensación; interrupción de las vacaciones del trabajador por exigencias de la empresa, sin derecho a negarse por miedo a ser expulsado a la primera de cambio, etc, etc.

Reducir la economía sumergida a un fenómeno residual y marginal es una de dos: o ser muy ingenuo y vivir en una burbuja de cristal o hacer el juego a los pregoneros del sistema económico dominante.

Tercer tópico arropado en un halo de predicción: en el momento que los obreros empiecen a desaparecer, como así lo auguran los defensores del concepto de sociedad postindustrial, «sería tanto como decir que en la medida que los obreros pasan a formar parte del pasado y empiezan a constituir una *especie* exótica, en vías de extinción, van despertando también el interés y reclamando la atención de los antropólogos» (pág. 143).

De nuevo no puedo evitar verme retratada en las palabras del autor. Da la impresión de que investiguemos lo que investiguemos siempre vamos a llegar tarde, primero por no estudiar a los obreros cuando deberíamos haberlo hecho y segundo por estudiarlos cuando ya apenas quedan. De una manera u otra, siempre acabamos topándonos irremediamente con lo que parece ser nuestro sino antropológico: «los últimos primitivos». No sé si el sociólogo que me invitó a estudiar las transformaciones de la cultura obrera, lo hizo pensando en que estábamos ya ante «el último mohicano» o lo hizo pensando cubrir un hueco que encontraba en la sociología del trabajo en España...

Me parece grave hacer uso de tópicos ya obsoletos y superados en la antropología y más cuando se trata de docentes para quienes la primera labor debería ser dotar de criterios, elementos y conocimientos suficientes a los alumnos para que sean ellos mismos los que hagan su propio análisis y no se conviertan luego, en simple eco de lo que han oído a alguno de sus profesores, pero más grave me parece todavía utilizar acríticamente ciertos slóganes que se repiten una y otra vez, por los medios de comunicación y los profesionales que se dedican a crear «opinión» para luego hacerla «pública». Mucho se ha hablado y se sigue hablando del «fin del trabajo», igual que se habló en su momento del «fin de la historia» y del «fin de las ideologías». Permítaseme el derecho a dudar de esta cantinela «finalista», cuyos pregoneros suelen ser los que precisamente tienen trabajo, viven de la ideología dominante, la única que hay, la del neoliberalismo económico mundial, y a pesar de augurar el fin de la historia tratan de asegurar la de sus hijos y descendientes con una buena formación en las mejores universidades, por si acaso el «fin» se pospone...

No voy a discutir que la revolución tecnológica ha provocado la supresión de puestos de

trabajo, reduciendo en algunos casos, aquellas tareas más repetitivas y rutinarias que hacían del obrero una máquina más del proceso de producción. Todo lo que sea dignificar y humanizar el trabajo debe ser bien recibido y exigido. Pero no nos dejemos engañar por los voceros del sistema económico imperante y acabemos queriendo quemar las máquinas por creer como los *luditas*, que eran éstas las culpables de su defenestración laboral. La organización del trabajo, la planificación, los objetivos, la toma de decisiones, sigue estando en manos de los hombres que incorporan las máquinas al proceso de producción. El problema no está en la revolución tecnológica, el problema está en los fines y los objetivos que se pretenden con una determinada planificación del trabajo; lo decisivo es saber si lo que interesan son las ganancias y los beneficios privados al coste que sea, o las personas y la posibilidad de que todo el mundo disponga de los medios necesarios para llevar una vida digna de un ser humano.

Hacerse eco del discurso sobre el «fin del trabajo» y el desplazamiento de la actividad industrial, que convierte al obrero en una «especie» exótica en vías de extinción, y utilizar esta tesis como premisa para valorar las investigaciones actuales en antropología industrial, calificando el interés actual de los antropólogos por los trabajadores, de interés por el pasado y por lo que ha dejado de ser relevante y central, responde exactamente a la idea que Juan José Castillo expresa muy acertadamente en su artículo «A la búsqueda del trabajo perdido. (Y de una sociología capaz de encontrarlo...)»³: «El trabajo industrial no existe para quien no lo ve. Pero sí para quien lo vive». Son significativos los ejemplos que expone del trabajo «sumergido», «desplazado», «invisible», «fluido», «disperso», «intensificado» «desregularizado», pero como el mismo acaba diciendo «trabajo al fin» y al cabo. He aquí una muestra de este cacareado «fin del trabajo»: «La escena (que transcurre en un polígono industrial de Madrid) parece sacada de una película de catástrofes: de pronto, ante los atónitos ojos del visitante accidental, decenas de chicas jóvenes que huyen despavoridas, por las trastiendas o popas de las naves ex-industriales. No hay ningún incendio: son los visitantes del INEM, inspectores gubernamentales en versión más barata –‘todo a cien’– que llegan a estas fábricas para verificar que la Reforma del Mercado de Trabajo se lleva a

cabo con respeto estricto de la (nueva) ley, ...», es decir, «mientras un inspector llega por la puerta de entrada, los trabajadores salen por la de servicio...» (pág. 80).

Estos son los resultados del desplazamiento del sector industrial, de la desaparición del trabajo y de la famosa terciarización de la economía: la sustitución del «mono azul» (todavía visible en las terrazas de los pisos de 40 y 50 metros cuadrados de algunos barrios obreros) por los «monos rojos» de los chicos y chicas de McDonald's y los repartidores de Telepizzas, los variopintos uniformes de las cajeras de los hipermercados, la ropa informal de los carteros comerciales, las batas azules y verdes de los limpiadores y limpiadoras de las contratas y subcontratas de limpieza, los «monos de plástico» de los mensajeros, los pantalones negros y las blusas blancas de camareros y camareras, la ropa de calle de los 500.000 voluntarios que hay en España...

Creerse la consigna del fin del trabajo viendo a dos limpiadoras hacer el trabajo de toda una planta de una facultad, incluidos despachos, aulas y pasillos, o asistiendo a las carreras desenfrenadas de los mensajeros que trabajan a destajo, o escuchando las cifras de accidentes laborales (en España la media de muertes por accidente laboral es una de las más altas de Europa, 3 muertes al día) es como seguir creyendo en los Reyes Magos una vez cumplidos los veinte años.

Asumir la tesis de la desaparición del trabajo y desde ahí hacer balance del estado de los estudios de antropología industrial en España, plantea una cuestión: ¿está permitido escribir sobre cualquier tema, se trate de lo que se trate, sin una investigación y producción etnográfica que fundamente y sustente posteriormente la reflexión antropológica? No creo que los antropólogos que trabajan sobre la economía sumergida, sobre la vida cotidiana de los trabajadores en activo, en paro o jubilados anticipadamente, sobre el trabajo invisible de las mujeres, sobre la incorporación de los inmigrantes al proceso de producción, estén de acuerdo en considerar a sus informantes como «los últimos primitivos» de una futura civilización del ocio.

La antropología no avanza desde modelos caricaturescos de sus objetos de estudio, sino a partir de replanteamientos y redefiniciones de sus postulados teóricos, categorías de análisis y conceptos, que exigen su verificación en la

investigación empírica, conociendo de primera mano la realidad de aquellos cuya vida intentamos comprender y explicar. Uno, por muy antropólogo que sea, no puede captar la experiencia vital de un trabajador encadenado a una máquina de coser durante 12 y 14 horas al día, o la de la limpiadora que tiene que limpiar una docena de portales en una mañana, o la de la interina que trabaja de la madrugada a la noche, si parte del presupuesto de que el trabajo ha desaparecido y de que los obreros son dinosaurios de un parque jurásico.

Aceptar el discurso del «fin del trabajo» es ocultar el poder disciplinador del paro, la economía sumergida y la pobreza económica, que viene a sustituir en la etapa actual del desarrollo de la economía mundial, la política del paternalismo industrial de la segunda mitad del s. XIX y primeros decenios del s. XX. Aceptar las tesis del «fin del trabajo» es aceptar la falacia que nos presenta el trabajo como un bien escaso pero desde la órbita neoliberal: es el capital el que crea el trabajo y no el trabajo el que crea el capital, luego hay que favorecer al capital para crear empleo, ¿cuánto tiempo más?

Creo que tenemos que ser más serios en nuestras reflexiones antropológicas si queremos que sean fructíferas para la renovación de nuestros cuadros teóricos y metodológicos en su adaptación a los cambios sociales y económicos de las sociedades occidentales a las que pertenecemos. Y la seriedad viene tanto exigida por razones científicas de la disciplina, como porque de lo que se trata es de la vida de las personas con las que entramos en contacto cuando iniciamos una investigación empírica. Desde nuestros sillones puede resultar divertido calificar de «especie en vías de extinción» o de «últimos primitivos» a los trabajadores que son expulsados de su puesto de trabajo y que luego se ven obligados a trabajar en condiciones, que a veces ni sospechamos, tan ocupados estamos en nuestras propias divagaciones.

Es necesario que abordemos los cambios y mutaciones que ha sufrido la cultura del trabajo pero entendido este último, no como una actividad que se ejerce exclusivamente en un contexto particular, como es la concentración de los obreros en una fábrica, taller o empresa, sino como un modo de vida que hasta ahora identificaba unos comportamientos, conductas y valores diferentes a los de otros grupos sociales como profesionales, propietarios, empresarios,...

La fragmentación y diferenciación que ha sufrido el mercado laboral se ha traducido en una heterogeneidad del mundo de los trabajadores entre los que hay que distinguir tantos subtipos como modalidades de contrato nos podemos encontrar. Identificar y describir el mundo del trabajo supone estudiar algo más que a los obreros en su centro de producción, quizá hoy más que nunca su identificación y descripción nos exija salir de la fábrica, y buscarlos en sus domicilios, en sus barrios, en esas trastiendas que ocultan ese trabajo invisible y difuso que se quiere borrar de las estadísticas, en esos hipermercados que recorremos embutidos en nuestros chandals que aparentemente nos igualan a todos y que no hacen más que uniformizarnos,...

Es cierto que la antropología industrial o antropología del trabajo debe tener como objeto de estudio la cultura del trabajo, en la que cabe tanto el estudio de las clases propietarias como de las asalariadas, cada uno es libre de elegir su propio objeto de investigación. Y si nos dejáramos guiar por el argumento del autor al que venimos comentando, los antropólogos puestos a estudiar a los «últimos primitivos» deberían haberse dedicado a estudiar a las familias que monopolizan las grandes fortunas del mundo porque cada vez son menos los que más poder económico acaparan,... ¿quiere decir esto que estén en vías de extinción?

Abordar la cultura de los trabajadores desde el punto de vista antropológico exige un análisis exhaustivo capaz de demostrar la existencia o no de un estilo de vida peculiar y diferente al de otros grupos, pero cuya aprehensión sólo será posible si nos adentramos en el universo de las representaciones sociales y simbólicas, de la memoria colectiva, en el mundo de los valores, las expectativas y los ideales, en el papel de la familia, las relaciones de parentesco y de vecindad, la distribución de roles domésticos y la significación y apropiación del espacio, las formas de sociabilidad, el código normativo y la práctica cotidiana, los viejos y los nuevos mitos, etc. etc. Una investigación de este tipo nos ayudará a identificar y a describir lo específico y singular de los trabajadores, sus diferencias internas y las transformaciones que han tenido lugar no sólo en el centro de producción, sino en la experiencia vital de los actores, la percepción y autopercepción que ellos tienen de estos cambios y su

traducción en comportamientos, conductas, criterios y jerarquía de valores.

Teorizar sobre la cultura del trabajo sin contar con la experiencia y realidad de los actores, que es lo mismo que decir, sin una investigación empírica con la que fundamentar nuestras afirmaciones, puede ser útil para una tertulia radiofónica o para una charla de sobremesa, pero no para plantear propuestas de análisis y de investigación antropológica que abran nuestros horizontes teóricos y metodológicos a los cambios que se están produciendo en nuestras sociedades.

NOTAS

¹ Publicado en Prat, J. y Martínez, A. (eds.): *Ensayos de antropología cultural. Homenaje a Claudio Esteva-Fabregat*. Barcelona: Ariel, 1996, pp. 139-146.

² C. Esteva-Fabregat (1973), *Antropología industrial*; I. Terradas (1979): *Les colònies industrials* (1979).

³ Publicado en Pérez-Agote, A. y Sánchez de Yncera: I. *Complejidad y Teoría social*, Madrid: CIS, 1996 (pp. 73-96). Debo agradecer a la profesora M.^a Isabel Joci-les la recomendación que me hizo de este artículo, cuya lectura me sorprendió gratamente, al comprobar que ciertas problemáticas no son exclusivas de la Antropología Social, sino que son comunes a otras Ciencias Sociales (lo cual representa un cierto alivio...).